

ORDEN SAGRADO



La entrega de las llaves del Reino (1515) RAFAEL (1483-1520) Londres.

Siempre que, para hacer algo, sea necesario reunir a muchas personas, es importante que haya alguien o algunos que se ocupen de organizar y ordenar la voluntad de los muchos. Muchísima gente es solo un montón de gente, una multitud, una masa. Sólo se transforma en pueblo, en ejército, en comunidad, en sociedad, si está ordenada, si en ella hay orden y alguien que ordene y que, también, dé buenamente órdenes.

Como suele haber muchas maneras de hacer las cosas, distintos caminos para llegar al mismo lugar, es necesario que haya alguien que se ocupe de prestar el servicio de ordenar, de decidir por qué camino se va, de qué medios nos vamos a valer para hacer lo que, en conjunto, hemos de realizar. Un club tiene sus dirigentes; una empresa su gerente y sus jefes de oficinas o secciones; un ejército sus generales y sus capitanes; una provincia su gobernador y sus ministros; un equipo su director técnico; un país su rey o su presidente. Si todos estos dirigentes buscan no su pro-

pio bien, abusando de su cargo y su poder, sino el bien común de la sociedad que presiden, el oficio de poner orden, de ejercer la autoridad es uno de los servicios más grandes que se pueda hacer a los demás. También en la familia hay alguien que tiene que tener la palabra final, generalmente papá; a veces, mamá. Papá y mamá son el presidente y la vicepresidenta, o, mejor, el rey y la reina de la casa. Y, por eso, mamá quiere siempre que la casa esté ‘ordenada’.

Asimismo la Iglesia tiene que organizarse y debe ser ordenada, dirigida y cuidada por autoridades que prestan ese servicio a los demás. Pero en la Iglesia hay muchos tipos de autoridad, de dirigencias, de responsabilidades. Está la de los dirigentes de ciertas organizaciones parroquiales; los secretarios; los que manejan la economía de la parroquia o de la diócesis; los asesores legales; los que cuidan de la pulcritud e integridad de las propiedades eclesiásticas; los que ayudan en tareas de orden temporal; abogados y contadores y tantas otras funciones que deben existir en cualquier organización humana... Todos forman parte de la Iglesia y su trabajo es, ciertamente eclesial. Pero, aunque sus acciones sean meritorias sobrenaturalmente, por ser cristianos, como tales no son formalmente ‘sagradas’.

LAICO

El término deriva del griego *laos*, que significa pueblo. En el Nuevo Testamento, los cristianos son el verdadero “Pueblo de Dios”, sinónimo de los ‘elegidos’, los ‘santos’, los ‘hermanos’, ‘reino sacerdotal’, ‘templo espiritual’.

Así el Pueblo de Dios, el *laos*, se distinguía de los que no formaban parte de la Iglesia.

Pero cuando más adelante quedó clara la distinción, dentro de la misma Iglesia, de obispos, sacerdotes, diáconos y religiosos del resto de los que componen el Pueblo de Dios, se les comenzó a llamar, dentro de la Iglesia, *laikos* -adjetivo-, ‘popular’.

Dice el VATICANO II en la Constitución *Lumen Gentium*:

“Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia, es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”.



Pero hay otro tipo de dirigentes cuya función está encaminada directamente a promover, aumentar, hacer progresar ‘lo sagrado’ de las personas que están encomendadas a su cuidado. Y como lo sagrado, lo sobrenatural, sólo viene de Dios, no de los hombres, la autoridad de estos dirigentes que manejan lo santo, lo sagrado, proviene de Jesús que se las ha dado a través de los apóstoles y de sus sucesores: los obispos, junto con los sacerdotes y los diáconos. Ellos son los que ordenan a la Iglesia con el fin de que sus miembros alcancen la santidad, el Cielo.

Que su autoridad les venga de Dios, de Jesús, no



quiere decir que puedan hacer cualquier cosa; primero, porque solo tienen autoridad divina en las cosas que atañen a lo sagrado; y, segundo, porque esa autoridad les viene de Dios y deben ejercerla según Dios, de acuerdo con Su Palabra, sirviendo a Sus órdenes y en razón de aquello para lo cual les ha sido conferida: santificar a los fieles.

AUTORIDAD

Autoridad viene del verbo latino ‘augére’ que significa aumentar, hacer crecer, hacer progresar. El ‘auctor’ o ‘autor’ es el que promueve, crea algo, tiene una riqueza que transmite y por eso hace crecer. La autoridad es, pues, antes que nada, una cualidad personal, algo que hace que la persona valga mucho y por eso es respetada por los demás y le hacen caso. ¡Qué feo alguien que manda porque le han dado el puesto de mandar, pero que no tiene verdadera autoridad, porque no vale nada, porque no da ejemplo, porque no trata de ser mejor, más competente, más idóneo y más santo que los demás! ¡Qué lindo tener un padre, una madre, un maestro, una maestra, un dirigente, un sacerdote, con verdadera ‘autoridad’, no simplemente con ganas de mandotear!

Eso es importante saberlo distinguir: el Obispo o el párroco no solo se ocupan de las cosas sagradas sino que, muchas veces, tienen que dedicarse a cosas puramente humanas: que no haya goteras en el templo, que se pague puntualmente el sueldo a los empleados de la diócesis o de la parroquia, hacer trámites en las oficinas públicas, manejar los horarios de atención a la gente y cuidar que no entren ladrones a robar en la Iglesia. Eso les viene de la autoridad humana de la Iglesia. De la autoridad de Jesús vienen aquellas cosas que hacen, mandan y predicán en nombre de Jesús y según lo que hace, enseña y ordena la Iglesia.



*Obispos de Buenos Aires.
Ordenación diaconal 2005.*

El orden en la Iglesia se logra a través, precisamente, de lo que llamamos el sacramento del Orden Sagrado. Por eso en la Iglesia ordenar corresponde a la autoridad cuyos representantes supremos reciben el nombre de Ordinarios y cuyas prescripciones son llamadas órdenes.

Pues bien, fundamentalmente, las autoridades ordinarias de la Iglesia –y que también están ordenadas entre sí– son los obispos, los presbíteros y los diáconos. Los **diáconos** ayudan a los presbíteros y los **presbíteros** son los colaboradores de los **obispos**. Estas tres funciones en la Iglesia son lo que se llama, decíamos, el **Orden Sagrado**.

Jesús los ha dejado para administrar su heredad: es decir, nosotros, sus hermanos, aquellos a quienes ha rescatado con su sangre. Es responsabilidad suma de Obispos, presbíteros y diáconos el cuidar a los cristianos y mediante la predicación, los sacramentos y sus directivas, hacerlos crecer en el amor a Dios, en la santidad. Por eso, usando una vieja imagen que ya se utilizaba en el AT se les aplica el nombre de ‘pastores’. Así como los pastores llevan a sus ovejas a los ricos pastos y a las

aguas frescas para alimentarlas y calmar su hambre y su sed y, al mismo tiempo, las defienden de los lobos, de los enemigos; así obispos, presbíteros y diáconos tienen que alimentarnos y defendernos a nosotros en las cosas de Dios, de Jesús.

Como la Iglesia, el Pueblo de Dios es enorme, no puede ser gobernado, ordenado, por una sola persona. El obispo de Roma, el Papa, aunque de hecho tenga como ovejitas suyas a todos y cada uno de los cristianos, no siempre puede ocuparse de cada uno de nosotros. ¡Sería imposible! (A ver: hacé un cálculo de cuántas personas podría atender el Papa suponiendo que les dedicara solo media hora a cada una en 365 días. Y buscá en alguna enciclopedia cuántos católicos hay en el mundo. ¿Puede atenderlos a todos personalmente?)

Por eso Jesús no solo dejó a su Vicario (¿qué significará esta palabra: Vicario?) a cargo de su pueblo sino, primero, a los **apóstoles**, los fundamentos de la Iglesia y que nunca más serían reemplazados, y, luego, a los sucesores de éstos, los **obispos**, para que vigilaran paternalmente a todas Sus ovejas y siguieran siempre las directivas de Jesús y sus apóstoles, sin inventar nada nuevo. ¡Qué responsabilidad vigilar a las ovejas de Jesús y cuidarlas! ¿No que nos esmeramos más cuando tenemos que cuidar algo de papá o de mamá que algo propio, mío o tuyo? ¡Lo que será cuidar las cosas que pertenecen a Dios!



Santa Misa en San Pedro, Rom a.

Obispo viene de una palabra latina ‘episcopus’ –de allí viene el término “episcopado”- que significa ‘el que mira desde arriba’, ‘el que vigila’ ‘el que inspecciona’. Así, ‘episcopus’ viene a ser casi sinónimo de ‘inspector’, de ‘vigilante’. Tiene a cargo generalmente un determinado territorio que se llama Diócesis y de la cual es el Ordinario. Claro que él sólo puede ver las cosas desde arriba. No puede ocuparse de todas y cada una de las ‘ovejas’ de

su Diócesis. Y, por eso, recibió de colaboradores y ayudantes a los presbíteros.

Y ¿qué son los **presbíteros**? Presbítero, en griego quiere decir ‘anciano’. Como en latín ‘senador’, de ‘senes’, viejo. En todas las sociedades los mayores suelen ser los que más saben, los más prudentes, los que mejor pueden ordenar y aconsejar. Por eso cuenta Lucas en el libro de los Hechos que Pablo dejaba a cargo de las Iglesias que fundaba a un grupo de gente mayor, venerable, a quienes llamaba ‘los ancianos’, ‘los presbíteros’. ¡Ojo! que, para el hombre de antes, alguien de cuarenta

años ya era un anciano. El nombre quedó y aunque luego formaron parte de los ayudantes de los obispos gente no tan grande –la edad mínima para ser ordenado sacerdote es hoy veinticinco años– lo mismo se les siguió llamando ‘presbíteros’, es decir senadores o ancianos.

También los llamamos ‘sacerdotes’, aunque este nombre todavía no se les aplica a ellos en el NT. Se llaman así porque su función es darnos lo sagrado –‘sacrum’ ‘do’– especialmente los sacramentos y de manera principal la Sagrada Eucaristía. Solo ellos están ordenados, entre otras cosas, para presidir y celebrar la Misa, el sacrificio único de Jesús. Con un poder y una autoridad que de tal manera les viene de Jesús que, aunque ellos pudieran ser hombres malos o bobos, cuando celebran la Santa Misa, ésta lo mismo vale y produce sus frutos. De igual manera cuando nos perdonan en nombre de Dios, en el sacramento de la Penitencia, que solo ellos pueden administrar.

En realidad tanto los presbíteros como el Obispo son sacerdotes. Pero a los obispos se les dice ‘sacerdotes del primer orden’, a los presbíteros ‘sacerdotes de segundo orden’. Y esto porque sólo los obispos, además de ejercer la máxima autoridad en su diócesis, pueden ‘ordenar’ presbíteros, administrar el sacramento del Orden, y también el de la Confirmación que, normalmente, está reservada a él.

JESÚS SUMO SACERDOTE

La Epístola a los Hebreos nos enseña que, estrictamente, sacerdote es solo Jesucristo. Él, hombre y Dios, resucitado, es el único capaz de acercar a los hombres lo ‘santo’, lo ‘sagrado’. Los llamados sacerdotes del antiguo Testamento solo ‘simbolizaban’ –‘imagen y sombra de las realidades celestes’ (Hb 8, 5)– con sus acciones en el templo de Jerusalén y sus sacrificios, el intercambio entre el hombre y Dios que se realizaba mediante las ofrendas realizadas en el altar de Jerusalén. Todas esas ofrendas y sacrificios fueron abolidas (Hb 7, 11-25) por el Único Sacrificio de Cristo en la Cruz. Jesús ofreció el único y perfecto sacrificio de la Cruz “de una vez para siempre cuando se ofreció a sí mismo” (8, 27). Lo vuelve a decir más adelante: “Cristo se presentó como sumo Sacerdote de los bienes venideros [...] y entró de una vez para siempre en el santuario, no con sangre de animales, sino con su propia sangre, adquiriéndonos la vida eterna” (9, 24). “Por eso, al entrar en este mundo, Cristo dijo: «no has querido sacrificios ni ofrendas, pero en su lugar me has formado un cuerpo. No te han agradado los holocaustos ni los sacrificios[...]» Entonces dije «Aquí estoy yo para hacer tu voluntad»” (10,4-6). “Y mientras todo sacerdote –habla de los sacerdotes de la Antigua Alianza y, en todo caso de los sacerdotes paganos– se presenta diariamente,



La Santa Misa: acción sacerdotal por excelencia

oficiando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que no tienen poder alguno para quitar los pecados, Él, por el contrario, habiendo ofrecido un solo sacrificio [...] se sentó para siempre a la derecha de Dios [...] Porque por una ofrenda única ha hecho perfectos para siempre a aquellos que santifica” (10,11-14).

Por eso, en el Nuevo testamento, no se llama nunca sacerdotes a los obispos o los presbíteros, no fuera que se fueran a confundir o con los sacerdotes paganos o los del Antiguo Testamento o con Jesucristo. Pero ya vemos que los sucesores de los apóstoles y los presbíteros realizan acciones sacerdotales como ‘bautizar’, ‘imponer las manos’, ‘celebrar la eucaristía’, ‘perdonar los pecados’. De allí que la Iglesia, más adelante los llamó también sacerdotes, tratando de no confundirlos con los otros.

Por otra parte, en cuanto al sacrificio de Jesús, los sacerdotes no lo ‘repiten’. Solo lo hacen presente y renuevan entre nosotros. Ya sabemos que toda Misa es el único y mismísimo sacrificio de la Cruz; y el sumo Sacerdote sigue siendo Cristo. El sacerdote que celebra la Misa lo hace en lugar de Jesús, ‘in persona Christi’, por eso no dice: “Esto es el Cuerpo de Jesús”, sino “Esto es mi Cuerpo” ni tampoco, cuando da la absolución en el sacramento de la Penitencia, dice “Jesús te absuelva”, sino “Yo te absuelvo”. ¡El obispo, el presbítero, ambos sacerdotes, toman nada menos que el lugar de Cristo! ¡Qué papel maravilloso! ¡Hacerse labios y manos de Jesús para los demás! Sublime dignidad, pero también ¡qué responsabilidad! Tenemos que rezar mucho por nuestros sacerdotes para que ellos sean siempre fieles imitadores de Jesús y nunca se desvíen con malas obras ni con palabras que no digan lo mismo que quiso decir Jesús.

Los **diáconos**, finalmente, aunque no haya muchos aquí en Buenos Aires, son los que en varias diócesis se ocupan de administrar la ayuda de la Iglesia a los más necesitados y, en las celebraciones litúrgicas, acompañar al obispo y a los presbíteros en la lectura de la palabra y en la administración de la comunión y de algunos sacramentos. Ellos no han recibido el poder de confesar, por ejemplo, ni de celebrar la Santa Misa. En ocasiones pueden predicar, bautizar, distribuir la comunión, bendecir casamientos y rezar en velorios y entierros. Diácono es un término que viene del griego ‘diákonos’ y significa ‘servidor’. Los diáconos eran, en la Iglesia de los apóstoles, quienes se ocupaban de servir a la comunidad cristiana en la distribución de la comida, asumiendo también la misión de predicar y la tarea de bautizar. En realidad, como nos dice Jesús, todos tenemos que ser servidores de los demás, es decir diáconos, en ese sentido de la palabra. Cuantas veces, en una traducción castellana, encuentres la palabra ‘servidor’, el griego original dice ‘diákonos’.

De todos modos hay que tenerlo claro: Jesucristo es el Sumo sacerdote de la Nue-



San Lorenzo, diácono, distribuyendo comida a los pobres.
FRA ANGÉLICO (1400-1455). Capilla Nicolina. Vaticano.

va Alianza y el único Pastor y Obispo. Él es la cabeza de la Iglesia. Lo que sucede es que -aunque siempre presente y en comunicación con Su Cuerpo, la Iglesia-, dado su estado 'señorial', 'resucitado', no lo podemos ver ni tocar como es ahora. Por eso ha querido quedar visible entre nosotros mediante la Iglesia y por medio de los sacramentos, entre ellos, el del Orden.

El que los obispos, presbíteros y diáconos siempre representen a Jesús en sus acciones Sagradas no quiere decir que siempre, aunque deberían hacerlo, se porten igual que Jesús. A veces -como muchos malos cristianos- son malos sacerdotes y no imitan a Jesús. De todos modos sabemos que, cuando administran los sacramentos lo hacen como instrumentos de Jesús y por eso una Misa vale aunque la celebre un sacerdote no tan bueno. La absolución, en el sacramento de la Penitencia, es válida aunque el presbítero que me la da sea peor que yo, o no me guste, o me trate mal. Los sacramentos los confieren en nombre de Jesús, no en nombre propio.

PORQUÉ JESÚS NO QUISO QUE LAS MUJERES FUERAN SACERDOTES

¿Por qué pueden acceder al Orden Sagrado solo los varones y no las mujeres? Porque, por las condiciones de su época y por razones que no alcanzamos a entender del todo, Jesús así lo dispuso. El tenía un respeto demasiado grande por las mujeres y por su papel de madres. No quiso apartarlas de su gran vocación en la Sociedad y en la Iglesia. Si no hubiera mujeres y madres, la Iglesia y la sociedad -e incluso la especie humana- desaparecerían. La madre con sus hijos es lo que toda sociedad debe, antes que nada, defender y proteger. En los hogares, por otra parte, son principalmente las madres quienes transmiten la fe a sus hijos.

De los varones a veces podemos prescindir, de las mujeres nunca. Por eso son varones, en su mayoría, aquellos a los que una sociedad manda a la guerra y a las ocupaciones donde hay peligro de vida. Los varones son menos irremplazables que las mujeres. Ellas son demasiado importantes. ¡Miren el papel de María! El de San José es mucho menos decisivo. Es por medio de la mujer, de María, que la Palabra de Dios vino al mundo en Jesús. Si la mujer, María, no hubiera dicho que sí a Dios en la Anunciación, Jesús no hubiera podido venir a nosotros. Se necesitaba el sí de una mujer. Se necesitan los sí de las mujeres para que tengan hijos sacerdotes.

Y así como los varones van a la guerra, así también son ellos los que deben seguir a Jesús en las misiones más peligrosas. Así como las madres dan soldados a la patria, también son ellas las que deben dar sacerdotes a la Iglesia. Sin ellas la iglesia se acabaría.



Bodas de Caná. GERARD DAVID (1460-1523) Museo del Louvre. París.

El oficio de sacerdote, aunque los cristianos deban respetarlos y quererlos mucho, es solo un servicio. Servicio en donde el varón debe dejar toda su vida, enfrentar muchos peligros y dolores, vivir con valentía, dejar de lado sus intereses, pensar solo en los demás, no tener familia propia. Está expuesto a encuentros y riesgos desagradables que Jesús ha querido evitar a la mujer. ¡Tanto es su amor y respeto por ellas!

Por otro lado, ser sacerdote no vale nada para el que lo es, sí, al mismo tiempo, no es santo. En la Iglesia no se vale más o se vale menos por ser sacerdote u obispo o Papa o lo que sea, sino por ser santo, por el grado de amor a Dios y a los demás que alcancemos en esta vida. No hay que ser sacerdote, sino santo sacerdote; como

santo ingeniero, santo maestro, santo médico, santo estudiante, santo barrendero. Mucho más importante que cualquier Papa es la Santísima Virgen María. Tanto más importante que un sacerdote cualquiera, es una Santa Teresa de Ávila, una Santa Teresa de Calcuta, una Santa Clara, una santa mamá de muchos hijos, una santa mamá de hijos sacerdotes. Ser sacerdote es solo desempeñar un servicio dentro de la Iglesia en función de los que quieren hacerse santos. Si el sacerdote es santo, mejor. Si no, es un desastre.



La mujer, por otra parte, en la Iglesia siempre desempeña importantísimos papeles maternos. ¿La mayoría de los catequistas acaso no son mujeres? Ellas tienen que ser tan apóstoles como los varones. Tan testigos de la fe como ellos. Pero Jesús, con exquisita delicadeza, y por motivos que su sagrado corazón y su sabiduría se ha reservado, no ha querido imponerles a ellas, como tampoco a su madre, la carga del sacerdocio ministerial.

Y, a propósito, vos, varón que estás leyendo este catecismo ¿no te gustaría servir a Cristo y a tus hermanos como sacerdote? Por supuesto que como santo sacerdote. Si no ¡olvidalo! Nos sobran malos sacerdotes.



SAGRADA ESCRITURA

La gente notaba la autoridad con la cual Jesús hablaba y actuaba:

“Cuando acabó Jesús de hablar, la gente quedó sorprendida de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus maestros” (Mt 7, 29// Mc 1, 22; Lc 4, 32).

Tanto es así que a toda costa querían saber con qué autoridad hacía lo que hacía:

“Mientras enseñaba se le acercaron los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo y le preguntaron: «¿Con qué autoridad haces todo esto? ¿Quién te ha dado esa autoridad?»” (Mt 21, 23).

Pero esa autoridad Jesús la utiliza para servir a su pueblo y llevarlo a la verdadera Vida. Por eso a algunos de sus apóstoles que querían usar la autoridad para sentirse superiores a los demás les enseña:

“Ustedes saben que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen con su autoridad. Entre ustedes no debe ser así, sino que si alguno de ustedes quiere ser grande que sea servidor de los demás y el que de ustedes quiera ser el primero que sea el servidor de todos. De la misma manera que el hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su Vida a muchos” (Mc 10, 42-45).

Jesús sabía que tenía que irse y que sus discípulos, la Iglesia, debería durar hasta el fin del mundo. Por eso elige de entre sus discípulos a algunos que se ocupen especialmente de proseguir su tarea con dedicación completa:

“Por aquellos días fue Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles” (Lc 6, 12-13).

Lean los versículos siguientes y traten de aprender sus nombres. Y vean cómo aún entre los que Jesús eligió surgió uno indigno, un mal apóstol, un mal obispo o sacerdote, un mal cristiano: ¡nada menos que Judas, el traidor! Lean alguna vocación más particular: Lc 5, 1-11; 27-32, y otros pasajes que te pueda señalar tu catequista.

A estos discípulos elegidos les da el poder de celebrar la Santa Misa cuando, después de la última Cena, se dirige a ellos diciendo:

“Hagan esto en conmemoración mía” (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24).

También les da el poder de perdonar los pecados, cuando apareciéndoseles luego de la Resurrección se dirige a ellos así:

“«Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a Ustedes» Después sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados les serán perdonados; a los que se los retengan, les serán retenidos»” (Jn 20, 21-23).

También les dice:

“«Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos míos en todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he ordenado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo»” (Mt 28, 18-20).

En realidad aunque Jesús llama apóstoles solamente a los doce, también envía a otros discípulos, como cuenta Lucas:

“Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir. Y les dijo: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha. ¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos»” (Lc 10, 1-3).

También les dice:

“El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza, rechaza a aquel que me envió” (Lc 10, 16).

Sin embargo, cuando esos predicadores vuelven contentos por su importancia y por el éxito que han tenido, Jesús les dice que no se alegren tanto por eso, sino porque mediante ello se han hecho más santos:

“No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo” (Lc 10, 20).

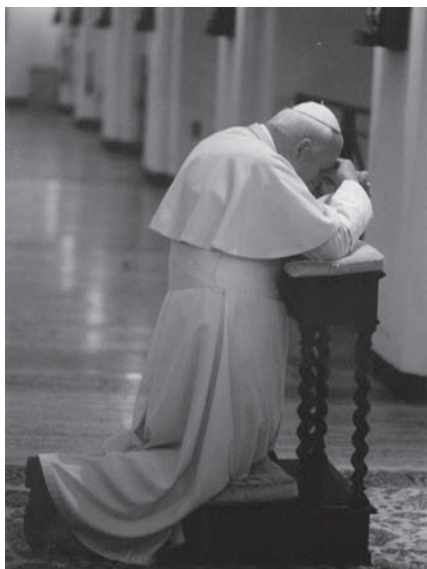
Jesús es el único Pastor de la Iglesia, Él es el único que nos conoce a cada uno íntimamente *“Él llama a sus ovejas por sus nombres” (Jn 10, 3)* y a quien mas allá de cualquier autoridad aquí en la tierra, tendremos que rendir cuentas. Él es el único que a todas y cada una de las ovejas conoce por su nombre:



Jesús reza. ANDREA MANTEGNA (1431-1450)



La llamada de los apóstoles Pedro y Andrés.
DUCCIO DI BUONINSEGNA (1255-1315)



El Papa, Vicario de Cristo.

“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas [...] Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí [...] Yo doy mi vida por mis ovejas” (Jn 10, 11.14).

Cuando le da a Pedro el encargo de cuidar la Iglesia, Jesús recalca que se trata de Sus ovejas, no de las ovejas de Pedro. En todo caso Pedro y sus sucesores y los obispos y los sacerdotes son como empleados o representantes del único Pastor, pastores delegados:

“Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan ¿me amas más que éstos?» Pedro le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Cuida mis corderos». Por segunda vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Cuida mis ovejas». Por tercera vez le preguntó: «Simón, hijo de Juan ¿me amas?» Pedro se entristeció porque le había

preguntado por tercera vez si lo amaba, y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Cuida mis ovejas»” (Jn 21, 15-17).

¿Qué precauciones toma Jesús para que los que van a cuidar sus ovejas sean realmente sus amigos, lo amen antes que a nadie y así se hagan dignos de cuidar Sus ovejas!

PONTÍFICE

Ya desde la antigüedad a los sacerdotes paganos de los etruscos y los romanos se les llamaba pontífices. El término, literalmente, quiere decir ‘el que hace puentes’. El puente sobre arcos es un invento que exige saber matemáticas y, para el hombre antiguo, el que podía calcular números era considerado un sabio. Tanto más que el puente era algo que se usaba para unir dos cosas separadas, separadas por agua o por un abismo. El que sabía pues tender sobre el vacío algo que uniera dos cosas distantes y que de otra manera no se podían unir, tenía, para el hombre supersticioso, algo de mágico. Por eso, estos singulares arquitectos primitivos, los hacedores de puentes, los ‘ponti-fices’ (de ‘pons’ y ‘facere’, en latín) eran considerados personajes sagrados, sacerdotes.

Así entre los romanos, el superior de todos los sacerdotes era llamado ‘Sumo Pontífice’. Augusto, en el siglo I, era, además de emperador, Sumo Pontífice.

Este término ‘pontífice’ se trasladó luego a designar a los obispos y sacerdotes cristianos y, especialmente, como Sumo Pontífice, al Papa. Pero ahora no porque hagan puentes materiales que unan dos orillas de roca o de tierra o arena, sino porque, por su acción, derivada de la de Cristo, son capaces de hacernos saltar el



abismo que separa lo finito de lo infinito, la creatura del Creador, y llevarnos de la tierra al Cielo y de unirnos entre nosotros a través de los puentes de la Caridad. ¡Esos sí que son puentes maravillosos!

Miren cómo la Iglesia de Antioquía, según Hechos 13, 1-5, ordena obispos a Saulo y a Bernabé, orando e imponiéndoles las manos:

“En la Iglesia de Antioquía había predicadores y maestros, entre los cuales estaban Bernabé y Simeón, llamado el Negro, Lucio de Cirene, Manahén, amigo de infancia del tetrarca Herodes y Saulo. Un día, mientras celebraban la Eucaristía y ayunaban, el Espíritu Santo les inspiró: «Resérvenme a Saulo y a Bernabé para la obra a la cual los he llamado». Ellos, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Así Saulo y Bernabé, enviados por el Espíritu Santo, fueron a Seleucia y de allí se embarcaron para Chipre. Al llegar a Salamina anunciaron la Palabra de Dios en las sinagogas de los judíos”.

Son los mismos Pablo y Bernabé, obispos, quienes en cada comunidad donde predicaban ordenan presbíteros para que cuiden a los cristianos. Nos cuenta Lucas:

“En cada comunidad establecieron presbíteros, y con oración y ayuno, los encomendaron al Señor en el que habían creído” (Hech 14, 23).

Cuando se produjo una grave disputa sobre si los cristianos nuevos debían o no practicar ritos judíos, para solucionar el problema, Pablo y Bernabé volvieron a Jerusalén para consultar con los apóstoles y presbíteros:

“Pablo y Bernabé discutieron vivamente con algunos que enseñaban estas cosas en Antioquía. Y, por fin, se decidió que ambos, junto con algunos otros, subieran a Jerusalén para tratar esta cuestión con los Apóstoles y los presbíteros. [...] Cuando llegaron a Jerusalén, fueron recibidos por la Iglesia, por los apóstoles y los presbíteros, y relataron todo lo que Dios había hecho con ellos y la duda que se había suscitado. Los Apóstoles y los presbíteros se reunieron para deliberar sobre este asunto” (Hech 15, 2. 4.6).

Pero no solo Pablo y Bernabé nombran y ordenan presbíteros. También discípulos de Pablo a los cuales él había hecho obispos, tendrán, a su vez, que nombrar presbíteros. Así le escribe al obispo Tito:

“Te he dejado en Creta, para que terminaras de organizarlo todo y establecieras presbíteros en cada ciudad de acuerdo con mis instrucciones. Todos ellos deben ser irreprochables [...] Porque el que preside la comunidad, en su calidad de administrador de Dios, tiene que ser irreprochable”.

Y vean qué cualidades exige para ellos:

“No debe ser arrogante, ni colérico, ni bebedor, ni pendenciero, ni ávido de ganancias deshonestas, sino hospitalario, amigo de hacer el bien, moderado, justo, piadoso, dueño de sí. También debe estar firmemente adherido a la enseñanza cierta, la que está conforme



San Benito. Ordenación diaconal 2005

a la norma de la fe, para ser capaz de exhortar en la sana doctrina y refutar a los que la contradicen” (Tito 1, 5-9).

Mucho más tarde, cuando ya Pablo había dejado a cargo de las diversas parroquias y diócesis que fundaba muchos a obispos y presbíteros, escribe a uno de ellos, Timoteo, una carta en la que entre otras varias cosas le aconseja así:

“Te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos” (2 Tim 1, 6).

Más aún, le aconseja que no haga obispo ni presbítero a gente indigna:

“No te apresures a imponer las manos a nadie, y no te hagas así cómplice de pecados ajenos” (1 Tim 5, 22).

¿Ven como ya en época apostólica el rito para ordenar sacerdotes era la imposición de las manos?

Y ya habla, en esa misma carta, del respeto y agradecimiento que hay que tener a los que aceptan este servicio a la Iglesia:

“Los presbíteros que ejercen su cargo debidamente merecen un doble reconocimiento, sobre todo, los que dedican todo su esfuerzo a la predicación y a la enseñanza [...] No admitas acusaciones contra un presbítero, a menos que estén avaladas por dos o tres testigos” (1 Tim 5, 17-19).

¡Hay que tratar de no hablar mal de nadie, pero especialmente de los sacerdotes! Y hay que tener desconfianza de lo que dicen en contra de ellos los enemigos de la Iglesia.

Lee, sobre los diáconos, el pasaje de Hechos 6, 1-6. Consigue alguna historia del diácono San Lorenzo.



MAGISTERIO DE LA IGLESIA

En una Profesión de Fe impuesta a los valdenses por INOCENCIO III en el año 1208 se dice:

“[Los sacramentos] aun cuando sean administrados por un sacerdote pecador, con tal que esté reconocido por la Iglesia [son válidos y fructuosos]. Tampoco desestimamos los oficios eclesiásticos o bendiciones que él celebra; por el contrario, los recibimos con buena voluntad como si procedieran del más justo de los sacerdotes. Porque el pecado del obispo o del presbítero, no daña ni para el bautismo del niño, ni para la consagración de la Eucaristía, ni para los demás ministerios eclesiásticos que se celebran para los fieles” (D[H] 793)

Dice el CONCILIO DE TRENTO en 1563:

“El sacrificio y el sacerdocio están tan unidos por ordenación de Dios, que han existido juntos en toda ley. Así, pues como en el Nuevo Testamento ha recibido la Iglesia católica por institución del Señor el santo sacrificio visible de la Eucaristía, hay que reconocer también que en ella hay un nuevo sacerdocio visible y externo al cual ha sido transferido el antiguo. Ahora bien, la Sagradas Escrituras manifiestan, y la tradición de la Iglesia Católica lo ha



enseñado siempre, que este sacerdocio fue instituido por el mismo Señor Salvador nuestro y que les fue conferida a los apóstoles y a sus sucesores en el sacerdocio la potestad de consagrar, ofrecer y distribuir el cuerpo y la sangre del Señor, así como la de perdonar o retener los pecados” (D[H] 1764).

“Como este santo ministerio del sacerdocio es una cosa divina, fue conveniente, a fin de que pudiera ejercerse con más dignidad y respeto, que hubiera en la estructura perfectamente ordenada de la Iglesia varias y diversas categorías de ministros (Mt 16, 19; Lc 22, 19; Jn 20, 22s). En efecto, las Sagradas Escrituras no sólo hacen mención explícita de los sacerdotes, sino también de los diáconos y enseñan en términos muy serios las cosas que hay que tener especialmente en cuenta cuando se les ordena” (D[H] 1765).

En el año 1896 el Papa LEÓN XIII publicó su encíclica “*Satis cognitum*”, donde decía:

“Aun cuando Dios puede operar por sí mismo todo aquello que efectúan los seres creados, sin embargo, por designio misericordioso de su providencia ha preferido servirse de los mismos hombres para ayudar a los hombres. [...] Pero es evidente que no puede haber ninguna comunicación entre los hombres que no se efectúe mediante algo externo que puede percibirse por los sentidos. Por esta razón tomó la naturaleza humana el Hijo de Dios [...]. De este modo, mientras vivía en la tierra, reveló su doctrina y sus leyes a los hombres hablando con ellos”.



“Pero como su misión divina debía ser durable y perpetua, tomó como colaboradores a algunos discípulos a quienes hizo partícipes de su poder. Y una vez que hizo bajar sobre ellos el Espíritu de verdad, les ordenó que recorrieran la tierra entera y predicaran fielmente a todos los hombres cuanto él les había enseñado y ordenado; para que el género humano pudiera conseguir la santidad en la tierra y la felicidad eterna en el cielo, profesando su doctrina y obedeciendo sus mandatos”. “[Y esta misión] la realizaron por medio de signos discernibles por la vista y el oído, [...] por medio de palabras y hechos ciertamente sensibles.” [...] nada hay más íntimo en el hombre que la gracia divina que produce en él la santidad; pero los instrumentos ordinarios y principales por los cuales se nos comunica la gracia, son externos: a saber, los sacramentos, que son administrados con determinados ritos por hombres especialmente escogidos para esa función. Jesucristo ordenó a los apóstoles y a los sucesores perpetuos de los apóstoles que instruyeran y dirigieran a los hombres; y mandó a todo el mundo que recibieran su doctrina y se sometieran buenamente a su autoridad” (cf. D[H] 3300-3310).

Escribía Pío XII en su encíclica del año 1943 sobre la Iglesia, “*Mystici Corporis*”:

Por supuesto que la Iglesia no son solamente los que están ordenados mediante el sacramento del Orden. Ellos solo cumplen la función de “perpetuar las funciones de Cristo maestro, rey, sacerdote, y esto, ‘pro’ mandato del mismo divino Redentor. Sin embargo, con toda razón los Padres de la Iglesia, cuando elogian los ministerios, los grados, las condiciones, los estados los órdenes, los oficios, de este Cuerpo, no tienen ante los ojos tan sólo a los que han recibido las Sagradas Órdenes; sino también a



todos aquellos que han abrazado los consejos evangélicos, y llevan una vida de trabajo entre los hombres, o escondida en el silencio o bien se esfuerzan por seguir ambas cosas, según su profesión; y a los que aun viviendo en el mundo, se dedican activamente a las obras de misericordia, bien sean espirituales o corporales; y, finalmente a quienes viven unidos por los lazos del matrimonio. Más aún, importa hacer notar que, sobre todo los padres y madres de familia y los padrinos y madrinas y especialmente los laicos que colaboran con la jerarquía en la dilatación del reino del divino Redentor, tienen un puesto de honor en la sociedad cristiana [...] y también pueden y deben ellos, con la inspiración y la ayuda de Dios subir a la cumbre de la santidad que, según la promesa de Jesucristo, nunca faltará a la Iglesia [...]” (D[H] 3801).

Todo cristiano por el hecho de ser bautizado participa de alguna manera del sacerdocio de Cristo. Lo enseña bien el Concilio VATICANO II en la Constitución Dogmática de la Iglesia de 1964, n 10-.

Ya lo había dicho Pío XII, en 1947, en la *Mediator Dei*, al afirmar:



Plano del Vaticano, antiguo barrio de Roma

“Que los fieles ofrecen el sacrificio por manos del sacerdote, eso resulta claro por el hecho de que el ministro del altar representa la persona de Cristo en cuanto Cabeza que ofrece en nombre de todos los miembros. Por esto puede decirse con toda razón que la Iglesia entera presenta la oblación de la víctima por medio de Cristo. Pero que el pueblo ofrezca juntamente con el sacerdote, no se funda en que los miembros de la Iglesia realicen el rito litúrgico visible de la misma manera que el sacerdote, lo cual es exclusivo del ministro delegado por Dios para ello; sino porque ellos unen sus votos de alabanza, de impetración,

de expiación y de acción de gracias con los votos o intenciones del sacerdote, más aún, del mismo Supremo Sacerdote, a fin de presentarlos a Dios Padre en la misma oblación de la víctima, aun por el rito externo del sacerdote. Porque el rito externo del sacrificio debe necesariamente, por su naturaleza, manifestar el culto interior. Ahora bien, el sacrificio de la nueva Ley significa el homenaje supremo por el cual el principal oferente, que es Cristo, y por él y juntamente con él todos sus miembros místicos honran y veneran a Dios con el debido honor” (D[H] 3852) [también ver el número anterior].

Y todo lo resume muy bien el mismo CONCILIO VATICANO II en dicha Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 28 cuando afirma:

“Cristo, a quien el Padre santificó y envió al mundo, ha hecho partícipes de su consagración y de su misión, por medio de sus apóstoles, a los sucesores de éstos, es decir, a los obispos, los cuales han encomendado legítimamente el oficio de su ministerio, en distinto grado, a diversos sujetos en la Iglesia. Así, el ministerio

eclesiástico, de institución divina, es ejercido en diversos órdenes por aquellos que ya desde antiguo vienen llamándose obispos, presbíteros y diáconos. Los presbíteros, aunque no tienen el ápice del pontificado y dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad, están, sin embargo, unidos con ellos en el honor del sacerdocio y, en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, sumo y eterno Sacerdote, para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino. Participando en el grado propio de su ministerio de la función del único Mediador, Cristo (I Tim 2, 5), proclaman a todo el mundo la palabra divina. Pero su ministerio sagrado lo ejercen, sobre todo en el culto eucarístico o sinaxis, en la cual, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo ofreciéndose una vez al Padre como víctima inmaculada. Para con los fieles penitentes o enfermos desempeñan principalmente el ministerio de la reconciliación y del alivio, y presentan a Dios Padre las necesidades y las preces de los fieles. Ejerciendo el oficio de Cristo, pastor y cabeza, reúnen la familia de Dios como una fraternidad que no tiene más que un alma y la conducen por Cristo en el Espíritu a Dios Padre. En medio de la grey le adoran en espíritu y en verdad. Trabajan, por último, en el servicio de la palabra y de la doctrina, creyendo lo que al meditar han leído en la ley del Señor, enseñando lo que ha creído, imitando lo que han enseñado” (D[H] 4153).

El mismo VATICANO II en 1965, en su Decreto sobre el *“Ministerio y vida de los presbíteros”* n 11, expresa la esperanza de que siempre habrá sacerdotes en la Iglesia:

“Nuestro Pastor y Obispo, de tal manera constituyó a su Iglesia, que el pueblo que eligió y adquirió con su sangre hubiera de tener siempre y hasta el fin del mundo sus sacerdotes, para que nunca fueran los cristianos como ovejas sin pastor”.

El CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO de 1983 establece:

CANON 1008: Mediante el sacramento del Orden, por institución divina, algunos de entre los fieles, por el carácter indeleble con el que son marcados, quedan constituidos como ministros sagrados, los cuales son consagrados y destinados, cada uno según su grado, a apacentar el Pueblo de Dios, desempeñando en la persona de Cristo Cabeza las funciones de enseñar, santificar y gobernar.

CANON 1009, 1: Las órdenes son el episcopado, el presbiterado y el diaconado. Se confieren por la imposición de las manos y la plegaria consagratória, que los libros litúrgicos prescriben para cada grado.

CANON 1012: Es ministro de la sagrada ordenación el Obispo consagrado.

CANON 1024: Sólo el varón bautizado recibe válidamente la sagrada ordenación.



Obispos entrando al Concilio Vaticano II



REZAMOS

“Oh Dios, que para gloria tuya y salvación del género humano constituiste a tu Hijo único sumo y eterno Sacerdote, concede a quienes él eligió para ministros y dispensadores de sus misterios la gracia de ser fieles en el cumplimiento del ministerio recibido. Por Cristo Nuestro Señor”.

(Del Misal Romano, Misa votiva de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote)

En la oración sobre las ofrendas de esta Misa se explicita cómo nosotros mismos nos hacemos ofrenda a Dios mediante la ofrenda eterna de Cristo y a través del sacerdote celebrante:

“Jesucristo, nuestro Mediador, te haga aceptable estos dones, Señor, y nos presente juntamente con él, como ofrenda agradable a tus ojos”.

El prefacio de esta Misa también nos enseña:

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Que constituiste a tu único Hijo Pontífice de la alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo, y determinaste, en tu designio salvífico, perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.

Él no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión.

Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos el banquete pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor, lo alimentan con tu palabra y lo fortalecen con tus sacramentos.

Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y han de darte así testimonio constante de fidelidad y amor.

Recemos o cantemos el Salmo 22

EL SEÑOR ES MI PASTOR

*El Señor es mi pastor,
¿qué me puede faltar?
En praderas cubiertas de verdor
Él me hace descansar;
me conduce a las aguas de quietud
y repara mis fuerzas.*

*Él me guía por el recto camino,
por su inmensa bondad;
aunque cruce por oscuras quebradas, ningún mal temeré;
Me siento seguro Señor,
porque Tú estas conmigo.*

*Tú, Señor, me preparas una mesa,
frente al enemigo;
perfumas con óleo mi cabeza
y mi copa rebosa.*

*Tu bondad y tu amor me acompañan
a lo largo de mi vida;
y viviré en tu casa, Señor,
por muy largo tiempo.*

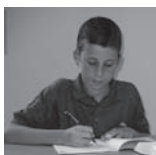
*Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu,
ahora y siempre;
al Dios que es, que era y que vendrá,
por los siglos de los siglos.*



Buen Pastor

Recemos, también por las vocaciones sacerdotales:

*Señor, que instruiste a los ministros de tu Iglesia
para que no buscaran ser servidos,
sino servir a sus hermanos,
concédeles actuar con eficacia,
servir con mansedumbre
y perseverar en la oración.
Por Cristo nuestro Señor.*



APRENDEMOS

1. ¿Qué es el Orden Sagrado?

Es el sacramento por el que algunos hombres bautizados son llamados a integrarse, mediante la ordenación sagrada, conferida por la imposición de manos del Obispo y la oración consecratoria específica, como ministros de Cristo y al servicio de su misión, actuando 'por la virtud y la persona de Cristo mismo' y 'en su persona', como Cabeza que es de la Iglesia.

Comprende tres grados: el episcopado, el presbiterado y el diaconado (Cf. CCE 1536// Com 322 y 325).

2. ¿Los tres grados participan ministerialmente del sacerdocio de Cristo?

Solamente el episcopado y el presbiterado participan ministerialmente del sacerdocio de Cristo. El diaconado, aunque también es conferido por un acto sacramental u 'ordenación' en el sacramento del Orden, es un grado destinado a ayudar en el servicio a los otros dos grados (Cf. CCE 1546).

3. ¿En qué difiere el sacerdocio ministerial del sacerdocio común de los fieles?

El sacerdocio ministerial difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder sagrado para el servicio de los fieles. Los ministros ordenados ejercen su servicio en el pueblo de Dios mediante el culto divino, la enseñanza y por el gobierno pastoral (Cf. CCE 1591). (este tema lo podrás entender más adelante)

4. ¿Quién es el Obispo?

El Obispo es el que recibe la plenitud del sacramento del Orden y hace de él la cabeza visible de la Iglesia particular que le es confiada. Los Obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles participan en la responsabilidad apostólica y en la misión de toda la Iglesia bajo la autoridad del Papa, sucesor de San Pedro (Cf. CCE 1594// Com 326).

5. ¿Quiénes son los presbíteros?

Los presbíteros están unidos a los obispos en la dignidad sacerdotal y al mismo tiempo dependen de ellos en el ejercicio de sus funciones pastorales; son llamados a ser cooperadores de los obispos; forman en torno a su Obispo el presbiterio que asume con él la responsabilidad de la Iglesia particular. Reciben del obispo el cuidado de una comunidad parroquial o de una función eclesial determinada (Cf. CCE 1595// Com 328).

6. ¿Quiénes son los diáconos?

Los diáconos son ministros ordenados para las tareas de servicio de la Iglesia; no reciben el sacerdocio ministerial, pero la ordenación les confiere funciones importantes en el ministerio de la palabra, del culto divino, del gobierno pastoral y del servicio de la caridad, tareas que deben cumplir bajo la autoridad pastoral de su Obispo (Cf. CCE 1596// Com 330).

7. ¿Quiénes pueden ser sacerdotes?

La Iglesia confiere el sacramento del Orden únicamente a varones bautizados, cuyas aptitudes para el ejercicio del ministerio han sido debidamente reconocidas. A la autoridad de la Iglesia corresponde la responsabilidad y el derecho de llamar a uno a recibir la ordenación (Cf. CCE 1598// Com 333).

8. ¿El sacramento del Orden imprime carácter?

La ordenación imprime un carácter sacramental indeleble (Cf. CCE 1597).

9. ¿Quiénes son los Ministros del Orden Sagrado?

Los obispos válidamente ordenados, es decir, los que están en la línea de la sucesión apostólica, confieren válidamente los tres grados del sacramento del Orden (Cf. CCE 1576// Com 332).



HACIENDO SE APRENDE

1. RELEE la lección y RESPONDE:

- ¿Qué significa autoridad?
- ¿Quiénes son las autoridades ordinarias de la Iglesia?
- ¿Qué es un obispo, qué es un presbítero y qué es un diácono?
- ¿Qué significa 'in persona Christi'?
- ¿Por qué Jesús no quiso que las mujeres sean sacerdotes?
- ¿Qué significa pontífice?

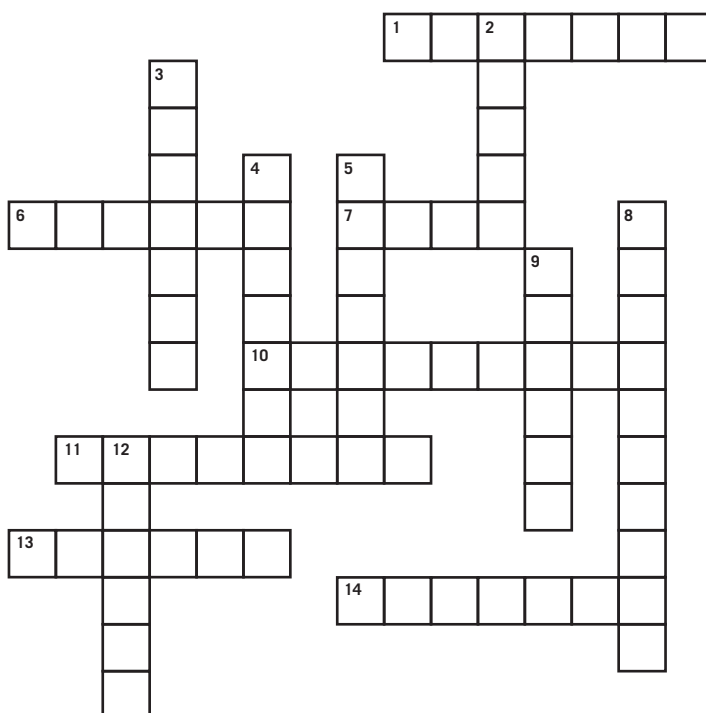
2. CRUCIGRAMA, para resolver con la ayuda del catequista.

Horizontales

- Paño h _ _ _ _ _ el que utiliza el sacerdote sobre los hombros -humeros- para dar la bendición con el Santísimo Sacramento.
- Palo o cayado que llevan los pastores y quienes cuidan del ganado, especialmente ovino. Insignia propia del obispo quien, como pastor espiritual del pueblo creyente, lo lleva en algunas funciones litúrgicas solemnes.
- Túnica blanca que viste el celebrante para las funciones sagradas.
- Vestidura sagrada utilizada por los diáconos. Es una túnica con mangas anchas y cortas que cubre el cuerpo por delante y detrás.
- Insignia episcopal que, de ser posible, debe llevar una reliquia de la Vera Cruz, y que el obispo lleva suspendida del cuello, según un antiguo y muy extendido uso cristiano.
- Vestidura talar -que llega a los talones-, abrochada a veces de arriba o abajo, que usan los sacerdotes.
- Cordón o cinta de seda o de lino, que sirve para ceñirse el sacerdote el alba.

Verticales

- Tocado alto y apuntado con que en las grandes solemnidades se cubren la cabeza los arzobispos, obispos y abades.
- Vestidura blanca de lienzo fino, con mangas muy anchas, que llevan sobre la sotana los sacerdotes para algunas celebraciones. También se lo llama sobrepelliz.
- Vestidura episcopal consistente en un casquete circular que cubre la cabeza. El Papa lo lleva blanco, los cardenales, rojo, los obispos, violeta y otros



ORDEN SAGRADO

prelados, negro.

5. Vestidura que se pone el sacerdote sobre las demás para celebrar la misa, consistente en una pieza alargada, con una abertura en el centro para pasar la cabeza, tipo poncho.

8. Vestiduras litúrgicas propias de los ministros sagrados, de las que éstos se revisten para la celebración litúrgica.

9. A _ _ _ _ _ pastoral es la insignia episcopal que recibe el obispo cuando es ordenado, como signo de su potestad sobre una porción del pueblo de Dios.

12. Ornamento sagrado que consiste en una banda larga y estrecha que cuelga del cuello de diáconos y presbíteros, en éstos por delante y en aquéllos cruzada del hombro izquierdo al costado derecho. Es signo de la potestad del Orden. Se usan de varios colores, según el color litúrgico del día. Para celebrar la Penitencia se usa de color morado.

3. BUSCA en la sopa de letras las 16 palabras relacionadas con el tema aprendido.

B	A	W	G	O	B	G	D	T	M	P	I	B	M	Y	E	U	P	U	I
M	C	V	W	D	T	G	I	Q	B	M	Y	D	Y	Y	L	G	F	S	R
J	O	P	J	H	Y	Z	Á	F	A	Y	J	Y	N	P	X	J	N	E	Y
R	B	S	T	P	J	E	C	Y	M	X	K	S	U	R	P	V	Z	E	F
Y	I	A	F	O	Z	D	O	O	K	N	A	G	F	E	P	A	M	U	A
H	S	N	K	N	H	D	N	P	W	C	E	Z	T	S	P	P	N	C	M
T	P	T	I	T	N	H	O	O	E	P	X	X	I	B	N	O	L	A	I
M	O	I	O	Í	J	X	N	R	N	P	A	X	F	Í	O	S	W	R	G
F	L	D	I	F	V	W	D	D	E	J	J	O	J	T	R	T	H	I	L
M	D	A	T	I	P	O	A	J	C	V	Z	X	P	E	D	Ó	Y	S	E
A	U	D	W	C	T	D	O	U	M	K	C	X	V	R	E	L	F	T	S
R	G	H	N	E	I	Y	T	Y	I	I	K	B	C	O	N	E	A	Í	I
Í	F	E	F	R	L	W	M	T	L	B	S	R	H	W	G	S	B	A	A
A	K	Z	O	Q	A	L	P	F	A	X	B	A	Z	G	W	E	T	W	J
E	R	T	S	K	L	W	A	G	N	A	Q	U	S	M	K	Z	Q	H	H
U	U	I	D	L	N	S	S	Q	I	C	U	J	N	Q	W	Z	H	M	A
A	U	G	Y	Z	G	C	T	W	Z	D	X	D	E	Q	L	P	A	V	V
W	F	J	J	B	M	L	O	V	Z	B	Z	S	E	C	C	X	A	K	W
R	X	P	D	Q	X	E	R	W	H	Q	E	N	L	A	I	C	O	S	P
O	C	O	R	R	Á	P	G	X	S	X	V	Z	I	A	Z	M	N	R	M

1. A _ _ _ _ _

2. A _ _ _ _ _

3. D _ _ _ _ _

4. E _ _ _ _ _

5. I _ _ _ _ _

6. L _ _ _ _ _

7. M _ _ _ _

8. M _ _ _

9. O _ _ _ _

10. O _ _ _ _

11. P _ _ _ _ _

12. P _ _ _ _ _

13. P _ _ _ _ _

14. P _ _ _ _ _

15. S _ _ _ _ _

16. S _ _ _ _ _

4. Escribe el nombre de la cada uno de los siguientes objetos utilizados como insignias por los sacerdotes y obispos (ver glosario Tomo I y II).



5. PIENSA y escribe tres preguntas y realiza un reportaje a un sacerdote. Anota las respuestas y coméntalas en clase con tu catequista.

6. AVERIGUA Y ANOTA en tu carpeta qué significa cardenal, arzobispo y abad. Averigua y anota el nombre del Arzobispo de Buenos Aires y del Obispo auxiliar de la Vicaría a la que perteneces.

7. BUSCA en un índice del Nuevo Testamento –y del Antiguo- los nombres de mujeres que desempeñan en ellos importantísimos papeles.

8. Piensa y escribe una oración para agradecer y pedir por el Papa, los obispos y sacerdotes de la Iglesia de Cristo.

9. Anota el origen y significado de cada una de las siguientes palabras:

Autoridad

Diácono

Pontífice

Obispo

10. COLOREA Y MEMORIZA:

«SEÑOR, TÚ
LO SABES TODO;
TÚ SABES QUE TE AMO»
JESÚS LE DIJO:
«CUIDA MIS OVEJAS»



Misa de San Gregorio Magno (1511) ALBERTO DUDERO

ORACIÓN POR LOS SACERDOTES DE Pío XII

Jesús, Pontífice eterno, Pastor verdadero, Fuente de vida, que por singular magnificencia de tu amable Corazón nos diste a nuestros sacerdotes para que cumplieran en nosotros aquellos designios de santificación que tu gracia inspira a nuestros corazones, te suplicamos los ayudes con tu misericordioso auxilio.

Que la fe, Señor, vivifique en ellos sus obras, que la esperanza sea indestructible en sus pruebas, que la caridad sea ardiente en sus propósitos. Tu palabra, rayo de eterna Sabiduría, sea, por la continua meditación, el alimento perenne de su vida interior; que los ejemplos de tu vida y de tu pasión se renueven En su conducta y en su sufrimiento para enseñanza nuestra, para luz y aliento de nuestros dolores.

Haz, Señor, que nuestros sacerdotes, desprendidos de todo interés mundano y únicamente celosos por tu gloria, permanezcan fieles a su deber, con pura conciencia, hasta el último aliento. Y cuando por la muerte del cuerpo, pongan en tus manos la bien cumplida tarea, hallen en ti, Señor Jesús, que fuiste su Maestro en la tierra, el premio eterno de la corona de justicia en el esplendor de los santos. Amén.

11. AVERIGUA que son las Misas Gregorianas.

De todo un poco...

EL CURA BROCHERO

Varios miles de metros cuadrados de edificación. Es una obra notable, no sólo por las dimensiones sino sobre todo por el lugar. Nos hallamos en una pequeña villa serrana, en la provincia de Córdoba. Su nombre hoy no nos dice nada, porque ya no se llama así: "Villa del Tránsito". Pocos pobladores, pero muchos esparcidos por las sierras y la Pampa de Achala. Nos ubicamos en la segunda mitad del siglo diecinueve, así es que la obra de la que estamos hablando se hace a la antigua. Para poder encarar esta construcción fue necesario montar una fábrica de ladrillos y traer la friolera de dos mil postes de álamo para sostener la techumbre. Todo ¡a lomo de mula! Uno de los improvisados albañiles, probablemente el que más se mueve, es el mismísimo cura párroco de la villa. Su nombre: José Gabriel Brochero. Para todos "el Cura Brochero".

La villa queda cerca de la hoy muy conocida localidad de Mina Clavero. Estamos en plena serranía. Cerquita nomás se levanta el imponente pico más alto de los Comechingones, el Champaquí. Quien lo



sube puede ver desde arriba toda la sierra y contemplar a un lado la extensión de la provincia de Córdoba y al otro San Luis. Hoy todavía los que recorren esas alturas notan los aires bravíos de la serranía. Es un terruño machazo, pago de hombres curtidos y de pocas palabras. Y el cura es uno de ellos. Acostumbrado a recorrer la sierra en su mula Malacara – regalo de un buen paisano, feligrés suyo y sabedor de que el cura necesitaba un animal con aguante para sus largos itinerarios –, con la chala entre los labios y el poncho como abrigo, tiene el mismo rostro moreno de sus feligreses, y habla con su mismo acento. Como que Brochero es cordobés de pura cepa. Y por más seña, gaucho y serrano por su cuna. Es verdad que el seminario de Córdoba lo pulió tanto que fue profesor de filosofía y, en algún momento, el obispo quiso llevárselo del curato del Tránsito para hacerlo canónigo de la catedral. Pero esto duró poco, y se volvió a su villa. Y está bien dicho esto de "su" villa, porque en honor a él ahora se llama justamente Villa Cura Brochero (pueden buscarla en el mapa de Córdoba si no lo creen).

Pero nos hemos ido lejos del relato. ¿Qué era ese monumento que construía el cura? ¿Un hotel? ¿Un museo de las antigüedades de los comechingones?

¿Una casa parroquial? Nada de eso. Mucho, muchísimo más. Es la construcción más extraordinaria e inesperada que pudiera encarar un párroco de una pequeña y pobre villa de habitantes casi (o no casi) analfabetos. ¡Una casa de Ejercicios Espirituales! ¡Sí! Aunque parezca mentira esa edificación con tantas habitaciones es una casa de oración. Aunque posea una enorme cocina con un gran fogón central. Allí, en enormes calderos, cocerán el inacabable loco las niñas del colegio parroquial (fundado también por Brochero) y que el mismo cura sabiamente condimenta, supervisa y sirve en cada tanda de ejercicios, en función indelegable de "chef"- . La casona será escenario de convocatorias increíbles de hombres de la sierra (Brochero sabía juntar hasta novecientos paisanos por tanda) que bajan hasta el Tránsito para aprender a meditar con San Ignacio, y elegir, para sus vidas, militar bajo la bandera de Cristo, y oír su



arenga del Rey Eternal y meditar en su Santa Pasión y memorizar el Principio y Fundamento, que es “amar y servir a Dios en esta vida para gozar de Él en la eterna”.

En las paredes de la Casa de Ejercicios del Cura Brochero hoy pueden verse los daguerrotipos de los ejercitantes. Ahí está el de un viejo serrano, don Zenón, que cumple sus bodas de plata con los ejercicios espirituales. Veinticinco años bajando desde su rancho en la sierra, de su silencio de arriero pobre al silencio del ejercicio. Lo imaginamos a él y a tantos otros arrodillados en la capilla de la Casa de Ejercicios, ante el Cristo que

Brochero mandó tallar en madera por mano de un jesuita artista, y tocó con una peluca natural de pelo de parroquianas generosas. Un Cristo de los que gustan a los criollos: doliente, sangrante, amante. Y también imaginamos a los ejercitantes en sus celdas, la mayoría acostados en los mismos aperos de sus mulas, con el brasero dispuesto con una pava a la puerta, para amanecer venciendo al frío a fuerza de cimarrones. Cualquiera puede ver hoy, en la Casa de Ejercicios del Cura Brochero, ese escenario simple y recio, conservado tal cual, como testimonio de la también simple y recia cura de almas de aquél pastor bueno.

Brochero sabía predicar muy bien. Sus apuntes de homilías y de pláticas de ejercicios lo demuestran. Porque era cuidadoso y escribía concienzudamente lo que tenía que decir. Sin embargo también sabía hablar en un lenguaje criollo. Nunca con groserías ni menos aún con insultos o juramentos. Pero sí explotando la sencilla expresividad del lenguaje de sus feligreses serranos. Haciéndose entender. Así cuenta uno de los primeros predicadores jesuitas que Brochero llevó a su Casa de Ejercicios, que estando el dicho misionero, Padre Campos, incitando a los ejercitantes a que contemplasen al crucificado, les decía “acércate a la cruz y contempla cuán lastimado está Cristo, pagando por tus pecados”. Brochero, que seguía él también la meditación desde su reclinatorio, se acercó y le pidió: “Padre, mis paisanos no entienden si así se les habla; permítame a mí la otra parte”. E hincado ante el santo Cristo exclama: “¡Mira hijo lo jodido que está Jesucristo, los dientes saltados, chorreando sangre! ¡Mira la cabeza rajada, y con llagas y espinos! Por ti, que le sacas la oveja al vecino, por ti tiene jodidos y rotos los labios”. Y añade el testigo que “aquellos hombres se iban poco a poco encorvando de vergüenza, e iban subiendo al mismo tiempo los sollozos”. Comentando esta anécdota decía Hugo Wast: “Aquella palabra poco académica penetraba como una saeta en el corazón de los paisanos, que se enternecían y empezaban a llorar”. En realidad no



era una mala palabra como lo es en otros países y entre nosotros -debemos tratar de no decirla- sino del vocabulario común y llano de la sierra.

Del amor con que predicaba (pues llegó a ser un predicador tan famoso que lo llamaban de todas partes del país para predicar ejercicios) dan fe sus mismos apuntes, en los que se repite incesantemente la expresión “mis amados”: “Mis amados, todos estamos actualmente de viaje para la eternidad. Todas las horas damos un paso más hacia la eternidad. El camino está lleno de peligros y acechanzas. [...] Ahora mirad bien, mis amados, mirad y comparad [si queréis seguir el camino del bien o del mal]. Pero sabed, mis amados, que no se puede seguir a Jesucristo ni vivir según su espíritu, ni practicar sus virtudes, sin encontrar muchísimas dificultades y contrariedades; por cuya razón os pongo en esta noche por ejemplar a Jesús, para que no rehuséis – por Dios, ¡no! – lo que Dios ha padecido por nosotros... Es verdad, mis amados, que nos muestra el estandarte de la cruz bajo el cual debemos militar, pero juntamente nos avisa que en la cruz está nuestra salud y nuestra vida, la defensa y la gracia, la fortaleza y el gozo, la perfección de las virtudes y la esperanza de la bienaventuranza eterna... ¡Sí, mis amados!, las mortificaciones, las penurias y las deshonras que tal vez se padecen por seguir la bandera de Cristo son recompensadas con tantos regalos del espíritu que siempre corren a las parejas los trabajos y los consuelos de los soldados que pueden decir con el real profeta: “secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuae laetificaverunt animam meam” (nosotros traducimos: según la multitud de los dolores de mi corazón, así tus consuelos alegran mi alma; cita del Sal.94)...”. Y así sigue en este ejemplo que es su plática de “Las Dos Banderas”, edificando con su buen discurso y poniendo ejemplos de santos y narrando episodios de la historia de la Iglesia. ¡Qué bien supo predicar aquel cura gaucho!

Así es que fueron de verdad “sus amados” los paisanos de Traslasierra, esparcidos a lo largo de 120 kilómetros. No tenemos aquí ocasión de contar sus esfuerzos por abrir rutas (la que hoy recorreremos fue trazada por él), por traer el ferrocarril, por fomentar el arte y la cultura (al final también abre una escuela de niños)... Nos queda por decir que, como no podía ser de otra manera, su amor lo arrebató. Y como los más amados de entre los amados eran sus enfermos, así debió terminar. De tanto atender a los leprosos de la serranía, contrajo él también la lepra. Y por ella encontró la muerte. Porque Jesucristo sabe premiar con la imitación suya a los que lo aman.

Ciego y maltrecho por la enfermedad escribe nuestro cura poco antes de morir al obispo de Córdoba, renunciando a la parroquia que ya no puede atender. Y dice: “Como los médicos dijeron que mi enfermedad era lepra me disparan las Esclavas (las religiosas que había llevado para el colegio de niñas), los jesuitas (los predicadores que invitaba), y hasta mis amigos... Además, las 116 rodadas que ya llevo me han infundido temor a las cabalgatas, y aunque cuando hay necesidad lo supero, yo ando las distancias en tres horas más que las andan los sacerdotes jóvenes... Así que como ahora mi vejez me dice que no puedo soportar el peso del Curato del Tránsito, le aviso que sólo lo acompañaré en los meses de calor del año entrante...”. Esto sucede en 1907, siete años antes de morir y con la edad de 67 años.

El último párrafo lo dedicamos a su conmovedora entrega a la voluntad de Dios. Escribe a un gran amigo: “Amigo mío, usted, yo y todos los hombres somos de Dios en cuerpo y alma. Él es el que nos conserva los cinco sentidos del cuerpo y las tres potencias del alma, y el mismo Dios es el que inutiliza algunos o todos los sentidos y lo mismo hace con las potencias. Yo estoy muy conforme con lo que ha hecho conmigo en lo relativo a la vista, y le doy gracias por ello. Cuando pude servir me conservó íntegros y robustos mis sentidos y potencias. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida y estamos llenos de miserias... Yo, por mi parte, diría que me he considerado siempre muy rico, porque la riqueza no consiste en la multitud de miles de pesos que se posea, sino en la falta de necesidades. Y yo tengo muy pocas, y éstas me las satisface Dios por sí mismo y las otras por medio de otras personas, como son las relativas a la vista, a vestirme, a prenderme y a lo demás”.

El 26 de enero de 1914 muere el Siervo de Dios José Gabriel del Rosario Brochero. “Lego mi cuerpo a la tierra de la que fue formado y mi alma a Nuestro Señor Jesucristo que la redimió con su preciosísima sangre. Así lo declaro para que conste”.

(Colaboración del P. Cristián Ramírez)

FRAY MAMERTO ESQUIÚ

Obispo de Córdoba

“Inspiradas y sazonadas con tal virtud sus palabras obraban verdaderas maravillas, y la fama de su nombre corria por todas partes”

Nació el 11 de mayo de 1826 en La Callecita (Piedra Blanca) al pie del Ambato nevado, a pocos kilometros de la ciudad Catamarca (mejor: San Fernando del Valle de Catamarca) bajo un techo de paja. Era el día de San Mamerto y la iglesia celebraba la fiesta de la Ascensión. Fray Francisco Cortez misionero y amigo de la familia lo bautizó. Sus padres fueron Santiago Esquiú, soldado catalán enviado por España al Río de la Plata que combatió en el alto Perú hasta ser hecho prisionero por los patriotas, dedicándose luego al cultivo de la tierra. Su madre María de las Nieves Medina, criolla catamarqueña.



EL ESTUDIANTE

La vocación de Esquiú por el saber, se advierte desde niño. En la pobre escuelita de su pueblo natal lee y escribe mejor que sus compañeritos. Por eso sus padres, lo mandan a la escuela franciscana de San Fernando del Valle, la mejor de la región, donde según Nicolás Avellaneda “los hijos de los labriegos aprenden el latín”.

Para asistir a clase con su hermano Odorico, en 1835 se alojan en la casa del sastre Elias Nuñez, familia amiga de los Esquiú, a pocos menos de 10 cuadradas de la escuela. Hacían el recorrido, mañana y tarde a pie. Cuenta Odorico que Mamerto “iba estudiando la lección de latín, con la capilla calada, tropezando en las piedras”.

En la misma casa hay otro estudiante cuya contracción al estudio es evidente. Nuñez escribe a Santiago Esquiú y le hace saber que Mamerto estudia poco. Su padre va a la ciudad, carta en mano, y con la ternura que debe usar un padre, le reprocha su poca aplicación por el estudio. Mamerto escucha en silencio y le responde: “Es cierto que NN estudia mucho más en la casa, pero yo doy mejores lecciones en la clase, con solo estudiar en la calle”.

Su padre jamás olvido esa contestación, ni el original modo de estudiar latín “pateando piedras”.

EN EL CONVENTO

A los diez años sintió el dolor de la muerte de su madre (15/05/1836) y 12 días más tarde, de la mano de su padre, llegó al convento de San Francisco (Catamarca), aspirante al sacerdocio; el 13 de julio de 1841, el padre guardián Fray Wenceslao Achával, le dio los hábitos de novicio. A los 12 años inició el estudio de la filosofía y a los 14 los de teología. A los 17 hizo sus votos, el 14 de julio de 1842, fiesta de San Buenaventura. No tenía edad para profesar y quedó a la espera de la dispensa que llegaría. Mientras tanto desempeñó otras tareas conventuales.

DOCENTE

Era el mejor religioso, por su capacidad y virtudes. Los frailes, viendo su talento, dieron a Esquiú tareas docentes. En 1843 es maestro de su querida escuela en San Francisco; y en 1844, su director. Se desempeña con eficiencia y es llamado “el mejor maestro de su tiempo”.

Reformó el plan de estudios e incorporó nuevas materias. Suprimió el rigor de los castigos, no más azotes -en esa época se castigaba a los chicos que no estudiaban!-, sólo cariño.

Bibliotecario del convento, incorporó nuevos libros, adquiriéndolos con parte de lo que el colegio le daba como estipendio.

Dejó la enseñanza para practicar filosofía y teología - cátedras logradas con su esfuerzo - no sólo en el colegio sino también en el Seminario Conciliar La Merced -lugar donde se preparaban los sacerdotes-, donde colaboró con la redacción del plan de estudios y el reglamento.

En filosofía, reemplazó los textos en uso por otros más modernos. Lo mismo en teología, los tradujo al

latín. También enseñó teología en Tarija y Sucre.

Pasó 30 años frente a sus alumnos; 19 en Catamarca y 11 en Bolivia. Fué docente por vocación. Enseñó con dedicación y paciencia, con humildad y caridad. Para él la docencia fue un segundo sacerdocio.

En la bendición de la piedra basal de la Capilla Nuestra Sra. del Huerto, Salta, en 1880, dijo: “un colegio que prescinde de Dios, prescinde de la verdadera ciencia; y la mayor cultura que allí se diera a las inteligencias las hará, sin Dios, más monstruosamente mutiladas”.

EL ORADOR DE LA CONSTITUCIÓN

El joven y entusiasta Esquiú, predicaba casi diariamente. Lo citaban los señores curas a sus parroquias; las religiosas a sus capillas y, aun de otras diócesis, era requerido para la predicación de misiones y ejercicios espirituales.

Hablaba sinceramente tratando de llegar con verdades al corazón de la gente. Todos reconocen en el padre Esquiú a uno de los más grandes oradores americanos -ya que era un ardiente patriota-; pero muy pocos tienen noticia de su extraordinaria e ingente obra como predicador evangélico.

Debe admirárselo más en sus homilías americanas y en sus pláticas sencillas que en sus grandilocuentes sermones, porque con ellas hacía más bien a las almas. Esquiú además, recalca la función de cada uno dentro de la comunidad y para poder cumplirla se debía tener en cuenta:

1-Saber y Calcular

2-Dedicarse a sancionar lo justo y lo bueno

3-No flaquear ante las amenazas de la tiranía y el despotismo o ante la seducción de la demagogia

4-Sacrificar las afecciones privadas en aras del bien común.

No ha quedado en Catamarca una capilla donde no se oyeran las divinas verdades expuestas con sencillez con su serena y atrayente voz. Todos se agolpaban en torno a él para oír al predicador humilde y apóstolico, que derramaba con sus palabras la caridad, cuyo fuego lo consumía. Fundó la revista **El Cruzado** y otras publicaciones religiosas.

Pero el nombre de Fray Mamerto Esquiú adquiere fama nacional e internacional luego de pronunciar esa joya de la oratoria argentina, como es el Sermón de la Constitución, en la Iglesia Matriz de Catamarca, el 9 de julio de 1853, donde pidió concordia y unión para los argentinos, discurso que motivó que fuese llamado oficialmente el “orador de la Constitución”. Dijo **Dalmacio Vélez Sarsfield**, el redactor del Código Civil Argentino, a propósito de este sermón: “*Cuando en un pueblo aparece un orador de la altura del Padre Esquiú, cuando él es comprendido y se sabe valorar su mérito, ese pueblo es un pueblo civilizado, aunque sus casas sean chozas*”. En 1855 fue vicepresidente de la Convención Constituyente de Catamarca.



*Pulpito desde el que Fray M. Esquiú
habló en 1853
(Iglesia San José - Piedra Blanca)*



Iglesia de San Francisco.

En 1870, luego de la muerte del Arzobispo de **Buenos Aires**, el Senado de la Nación coloca a Esquiú en primer término en la terna para la sede vacante. Enterado Mamerto de esta situación y, luego de dos meses de oración en Bolivia, envía su célebre renuncia, la que concluye así: “*Cualquier insistencia contra esta resolución, inspirada por el amor a mi Patria bien entendido y por mis deberes con Dios y su Iglesia, no podrá tener lugar, porque me retiro de este país a otro más lejano*”. Y se va a Tierra Santa, donde visita los lugares en los que caminó Jesucristo. Apenas llegado a Catamarca, otra vez es requerido para altos honores. Es nombrado Obispo de Córdoba. Renuncia, como la vez anterior, pero ahora el Papa no acepta su negativa. Entonces pronunciará su recordada frase: “*Si el Papa lo quiere, Dios lo quiere también: cúmplase su voluntad*”. Y fue Obispo de Córdoba desde el 12 de diciembre de 1880 hasta

el 10 de enero de 1883, día en que la muerte lo sorprendió en la **Posta del Suncho**, Departamento La Paz, en plena gira pastoral.

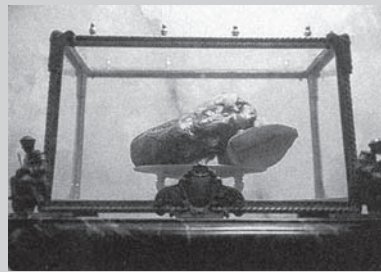
Mientras sus restos mortales descansan en la catedral de Córdoba, **el corazón “incorrupto”** del religioso permanece en el convento franciscano de Catamarca.

Si bien Argentina ya tiene a **Héctor Valdivieso Sáenz** como santo autóctono, aunque su martirio se haya producido en España, el Episcopado auspicia las causas del **Padre Brochero**, **Ceferino Namuncurá** y **Mamerto Esquiú**, que nacieron, desempeñaron su tarea pastoral y murieron en el país.

Argentina tiene, además, como beatos al religioso salesiano **Artémides Zatti**, la niña chileno-argentina **Laura Vicuña** y las religiosas **María del Tránsito Cabanillas** y **María Ignacia March Mesa**.

Fray Mamerto Esquiú, como dijo **Leopoldo Lugones**:

Era hijo de Catamarca.
No es justo que esto se calle
pues nuestra señora y él,
son las glorias de aquel Valle.



Corazón de Fray M. Esquiú en su urna.

Leopoldo Lugones: Escritor Argentino nacido en Río Seco (Córdoba) (1874 - 1938) uno de los grandes poetas argentinos, acaso el más importante de su tiempo.

IGLESIA EN ARGENTINA Estadísticas 2006

Arquidiócesis	14
Diócesis	47
Prelaturas territoriales	3
Prelaturas personales	1
Eparquías	3
Ordinariatos	2
Total de circunscripciones eclesíásticas	68

- La circunscripción eclesiástica más antigua es la arquidiócesis de Córdoba, creada por Pío V el 10 de mayo de 1570. Su primera sede fue en Santiago del Estero.
- La más nueva es Gregorio de Laferrère, erigida el 25 de noviembre de 2000 por Juan Pablo II.
- La más poblada es la arquidiócesis de Buenos Aires con 14.763 habitantes por Km². Luego la diócesis de San Martín con 8.676 habitantes por Km².
- Las menos pobladas son Río Gallegos con 0,9 y Viedma con 1,2 habitantes por Km², respectivamente.
- La de mayor superficie es la diócesis de Río Gallegos, con 265.614 km² y la menor Avellaneda, con 52,48 km².

Cardenales	2
Arzobispos residenciales (con gobierno de arquidiócesis)	14
Arzobispos titulares (sin gobierno de arquidiócesis)	1
Arzobispos eméritos	10
Obispos residenciales (con gobierno de diócesis)	44

ORDEN SAGRADO

Obispos eparcas	3
Obispos prelados (al frente de prelaturas territoriales)	3
Obispos auxiliares	9
Obispos eméritos	17
Obispos titulares (sin gobierno de diócesis)	1
Total de obispos	104
Sacerdotes diocesanos	3446
Sacerdotes religiosos	2202
Total de sacerdotes	5648
Diócesis permanentes	519
Seminaristas mayores diocesanos	1281
Órdenes y congregaciones religiosas masculinas	77
Casas de religiosos	772
Órdenes y congregaciones religiosas femeninas	223
Casas de religiosas	1803
Monasterios de clausura (monjas)	61
Seminarios diocesanos (mayores)	28
Seminarios diocesanos (menores)	25
Hermanos	751
Hermanas (religiosas)	9113
Parroquias	2674
Iglesias y capillas (aproximadamente)	8742
Santuarios	98
Basílicas	45
Universidades católicas	7
Colegios católicos	2543
Diarios católicos	1
Agencias informativas	1
Publicaciones periódicas	455
Radioemisoras	122
Editoriales	42
Casas de Ejercicios Espirituales	210
Librerías Católicas	142
Centros asistenciales	137
Centros de salud	25
Asistencia de enfermos y en situaciones de riesgos	37
Instituciones de ayuda y servicio comunitario	53

(Datos de www.aica.org)

CONCILIOS ECUMÉNICOS

Deriva el nombre del latín 'concilium', que significa junta o congreso para tratar alguna cosa. En la Iglesia la palabra adquirió un significado más restringido y pasó a designar los congresos de los obispos y otros eclesiásticos para deliberar y decidir en materia de dogmas y de disciplina: lo que se debe creer

con Fe católica (dogmas) y cómo se debe vivir cristianamente (disciplina).

El concilio se llama: ecuménico (= universal), cuando, invitados por el Romano Pontífice, presididos por él, se reúnen los obispos de todo el mundo.

El primer Concilio Ecuménico de la historia, el de Nicea, fue convocado -sabiéndolo y autorizándolo el Papa de Roma, san Silvestre- por el emperador romano Constantino en el 325, para afirmar la divinidad de Cristo, contra un tal Arrio que la negaba.

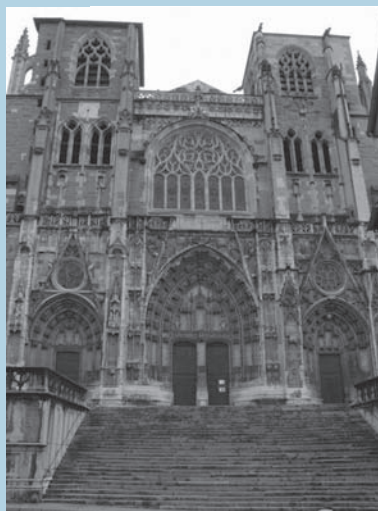
Reunidos los padres conciliares, y luego de muchas discusiones y sesudos estudios de las Escrituras y de la Tradición, proclamaron que Jesucristo es único Hijo de Dios, de la misma sustancia que el Padre, Dios verdadero.

Pocos años más tarde, apareció otro hereje que se empeñó en sostener que el Espíritu Santo no es Dios. Nuevamente se reunieron los obispos en una ciudad del Imperio de Oriente, esta vez Constantinopla, en el año 381, reinando en Roma el Papa san Dámaso. Este concilio proclamó solemnemente y recibió la plena confirmación del sucesor de Pedro, que el Espíritu Santo es Dios verdadero.

El conjunto de dogmas compendiados por estos dos concilios, constituyen lo que se denomina Credo Nicenoconstantinopolitano (y que, vulgarmente, es llamado “Credo largo”), que suele rezarse en algunas solemnidades.

Pero los problemas no acabaron allí. A esos dos primeros concilios siguieron otros 19, de los cuales, la mayoría tuvo carácter dogmático, es decir, proclamó dogmas, verdades de fe que es preciso creer y cuya negación o duda consentida es un pecado contra la fe, llamado herejía.

El último concilio ecuménico se reunió en la Ciudad del Vaticano, en 1962. No fue un concilio dogmático sino disciplinar. Se lo conoce como Concilio Vaticano II, pues en 1869 se había reunido otro ecuménico en el Vaticano, ése sí de carácter dogmático.



Catedral de San Mauricio, Vienne. Francia.
Lugar donde se celebró el concilio del mismo nombre.

ACTIVIDADES

1- APRENDEMOS los concilios:

Los primeros concilios ecuménicos, convocados por emperadores, se reunieron en ciudades de Oriente y fueron: 1º de Nicea, 325; 1º de Constantinopla, 381; 1º de Éfeso, 432; 1º de Calcedonia, 451; 2º de Constantinopla, 553; 3º de Constantinopla, 680-681; 2º de Nicea, 787; 4º de Constantinopla, 869-870. Después de este último concilio en Oriente, un número importante de obispos no quiso aceptar las decisiones conciliares ni reconocer la autoridad del Romano Pontífice sobre la Iglesia Universal, y se separó de la comunión con Roma, haciendo definitivo el llamado “Cisma de Oriente”. Las comunidades separadas, diversas e independientes las unas de las otras, se conocen como “iglesias ortodoxas” y las hay griega, rusa, copta, siria, etc.

Dos largos siglos después, se reanudaron los concilios, ahora en Occidente. El primero se reunió en San Juan de Letrán –la catedral del Papa-, en Roma, en 1123. A éste le siguieron otros tres en el mismo lugar: 2º de Letrán, 1139; 3º, 1179 y 4º, 1215. Luego el 1º y 2º de Lyon, en Francia, en los años 1245 y 1274 respectivamente. En 1311-12, el concilio de Vienne, también en Francia y el de Constanza, entre 1414 y 1418. Entre 1431 y 1445 se reunió el conocido como de Florencia. El 5º de Letrán fue entre 1512 y 1517. También muy largo, suspendido y postergado en varias ocasiones, fue el concilio de Trento o Tridentino, entre 1545 y 1563. A este concilio debemos la forma definitiva de los Sacramentos, la condena de los errores protestantes, la doctrina de la Gracia, entre otras cosas. En 1869 se reunió el Vaticano 1º, suspendido al año siguiente, el cual proclamó la infalibilidad del Papa cuando enseña con carácter definitivo algo que hay que creer con fe católica o algo relativo a la moral. Finalmente, entre 1962 y 1964, se celebró

ORDEN SAGRADO

el 2º concilio Vaticano.

Si querés aprenderte esta larga lista, podés recurrir a un versito mnemotécnico (=que ayuda a memorizar) que, si le ponés música, podés cantar:



NI-CO-E-CAL-CO-CO
NI-CO-LA-LA-LA-LA
LY-LY-VI
CON-FLO-LA
TRE-VA-VA



2- MEMORIZAMOS el credo *Nicenoconstantinopolitano* (palabra que parece un trabalenguas y que hay que aprender a decir rápido), que podemos rezar como acto de fe.

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios. Nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no creado, consubstancial al Padre, por quien todo fue hecho. Y que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre. *Crucificado por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.* Y subió a los cielos y está sentado a la diestra del Padre. Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para la remisión de los pecados. Y espero la resurrección de la carne y la vida del siglo venidero. Amén.

We believe in one God, the Father, the Almighty, maker of heaven and earth, of all that is seen and unseen. We believe in one Lord, Jesus Christ, the only Son of God, eternally begotten to the Father, God from God, Light from Light, true God from true God, begotten, not made, one in Being with the Father. Through him all things were made. For us men and for our salvation he came down from heaven: **by the power of the holy Spirit he was born of the Virgin Mary, and became man.** *For our sake he was crucified under Pontius Pilate; he suffered, died, and was buried. On the third day he rose again in fulfillment of the Scriptures;* he ascended into heaven and is seated at the right hand of the Father. He will come again in glory to judge the living and the dead, and his kingdom will have no end.

We believe in the Holy Spirit, the Lord, the giver of life, who proceeds from the Father and the Son. With the Father and the Son he is worshiped and glorified. He has spoken through the Prophets.

We believe in one holy catholic and apostolic Church. We acknowledge one baptism for the forgiveness of sins. We look for the resurrection of the dead, and the life of the world to come. Amen.

El Credo se reza de pie; pero, al llegar a las palabras resaltadas, antiguamente todos se arrodillaban. Hoy mantenemos este gesto de adoración al rezar el Credo en Navidad y Pascua.

¿Te animás a distinguir qué parte del Credo corresponde a lo que definieron los Padres del Concilio de Nicea y qué parte, al de Constantinopla?